

I. Muchas veces consideramos a Dios como si fuera uno de aquellos dioses del Olimpo griego que vivían sólo para disfrutar sin la más mínima compasión y en continuas luchas por el dominio de los hombres y de la tierra. En momentos de dolor pensamos que Dios hace milagros a unos y abandona a otros por pura arbitrariedad (a unos los querría y a otros les daría la espalda (así pensó Caín y esto fue su perdición, Gn 4, 2-7). También imaginamos que si algo no nos sale bien o nos viene una desgracia es porque Dios nos prueba o nos castiga. Así lo dicen algunos textos bíblicos, pero son textos *de camino*, que necesitan que lleguemos al final para entender lo que en determinados momentos ni se puede ni se sabe decir de otra manera. Es necesario buscar la verdadera imagen de Dios, aquella donde Él mismo se muestra y, a la vez, muestra la verdad de nuestra vida.

II. Hemos sido creados, tenemos un inicio, hubo un tiempo en que no existíamos, por eso *la nada forma parte de nosotros*. Sin la voluntad continua de Dios de llamarnos a la existencia no podemos sostenernos a nosotros mismos, pues no somos nada sin esta llamada a vivir. Pero hay veces que sentimos que esta voluntad se ha retirado de nosotros. Nos topamos con el fracaso, la enfermedad, con la muerte de los nuestros, con la pobreza... como anticipo y recordatorio de la muerte, y nos preguntamos si Dios tiene de verdad algún poder sobre esta nada que tiende a apoderarse de nosotros, y si quiere hacerlo. Hay veces en que todo se acaba y parece no quedar ni rastro de bellos sentimientos, de grandes y hermosos proyectos, de vidas hermosas o comprometidas... entonces la fe se pregunta si la muerte no es nuestro verdadero hogar, si no venimos de la nada para llegar a ser absolutamente nada.

III. Esta experiencia empapa todo el texto bíblico y Dios no nos la puede ahorrar porque *vivir como hombres es vivir como criaturas mortales*. Muchos salieron de Egipto buscando la tierra prometida y todos, después de muchas dificultades, murieron de camino, también Moisés, el amigo de Dios. Muchos pobres buscaron en Jerusalén la promesa de vida de Dios y encontraron una ciudad rica y orgullosa que les dio la espalda hasta hacerles vivir y morir arrastrados en sus calles. Muchos confiaron en la paz que Dios otorga a los suyos y se encontraron asesinados por un enemigo que conquistando sus pueblos y ciudades quemó, destruyó, desterró y mató a una gran parte de sus habitantes. Finalmente, otros muchos fueron asaltados por la enfermedad y expulsados de la vida social viviendo ya en vida con un pie en el sepulcro (Heb 11, 39).

Aparecemos así, en esta vida, como hijos de Dios y esclavos de la muerte, (muerte de mortales y muerte de víctimas del pecado). En esta situación, muchos creyentes en infinidad de salmos gritan a Dios hasta incluso discutir con Él. Dios nunca se queja de las oraciones que, en medio de la debilidad y el dolor, se dejan llevar por sentimientos y palabras inadecuadas. Se queja, por el contrario, de los que viviendo bien no comprenden el sufrimiento de los hombres (Job 42, 7).

IV. Si bien en el A. T. Dios muchas veces actúa al límite para salvar a los justos (Sal 124) invitando con ello a todos a poner su confianza en Él en cualquier situación (Sal 116; 126), podemos descubrir otras muchas en las que los justos terminan mezclados con el barro (Gn 4, 10; 2Mc 7). *Si tenemos que morir, ¿de qué sirve creer en Dios?*

Es la muerte de Jesús entregándose en manos del Padre con la confianza de que allí encontrará un hogar perpetuo la que abre una perspectiva nueva. A partir de su resurrección, la muerte en cruz toma la palabra para invitarnos a creer en un Dios más grande que la muerte. Además, con la muerte de Jesús, el Hijo amado del Padre (Mc 1, 11), descubrimos que Dios no odia a los que sufren, que el dolor no es un castigo que envía ni una prueba impuesta no se sabe bien por qué. Ahora sabemos que la muerte es un trance necesario y dramático de nuestra vida, que no tiene poder para destruirnos si nos confiamos al Padre de la vida. *La muerte necesita ser vencida por la fe* (Rom 8, 31-39). Luego Dios completará su obra para ser todo en todos y así envolver con su eternidad y su gloria todo nuestro ser. Pero antes debemos ser lo que somos, hombres mortales hijos de la nada que deben ser transfigurados por el amor de Dios acogido en la fe.

V. Podríamos fijarnos en dos signos ofrecidos para alentar la esperanza en medio de nuestras debilidades. En el primero (Mt 14, 24-33), Jesús se acerca andando sobre las aguas (caos, dolor, violencia) e invita a caminar sobre ellas, pues con la fe puesta en él no tienen poder sobre nosotros. Incluso si dudamos, nuestra fe será recogida y devuelta a la barca de la vida. El otro (Apoc 7, 13-17) son los justos que alrededor de Cristo victorioso están vestidos de un blanco nacido del sufrimiento que les asaltó en su vida terrena. Ése es el futuro prometido.

Son la fe y la entrega a la voluntad de amor de Dios sobre todos y en todo momento, las que abren las puertas de la muerte para descubrir en ella la mirada de Dios (Job 19, 23-26) que nos acoge eternamente en su misma vida. Si la muerte no tiene la última palabra, entonces la vida tiene sentido porque nada se perderá y todo será plenificado y glorificado (Lc 12, 4-7).

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha detente a meditar con las siguientes pautas:

* Lee el Salmo **22** y luego lee Mc **15**, 33-37, Todo empieza igual, pero el final es muy distinto. ¿Cuál crees que sería el sentimiento del salmista si finalmente no hubiera recibido la ayuda pedida? ¿No es ésta una situación muy común entre los creyentes: confiar en que Dios siempre va a actuar para ayudarnos y desesperar de él si las cosas no salen como esperábamos o necesitábamos?

→ Medita sobre el significado de la muerte de Cristo como lugar donde Dios nos enseña quiénes somos y cómo vivir nuestra condición mortal.

→ Puedes ponerte delante de un crucifijo o tomarlo entre las manos y pedirle a Cristo que te enseñe el significado de la muerte y te dé la fuerza de la fe en medio de toda debilidad, también cuando no veas futuro humano a la situación.

* Lee el texto de Heb **11**, 1- **12**, 3 y siéntete unido a la cadena de testigos en la que Dios ha querido que estés regalándote la fe.

→ Agradece la fe recibida y promete delante de Dios alimentarla como el tesoro precioso que has recibido de Él para afrontar la vida en sus luces y en sus oscuridades.

→ Ahora suplica por los que tienen una fe vacilante, por los que la han perdido, por los que viven oprimidos por grandes sufrimientos que les oscurecen todo pensamiento creyente.

* Todo será conservado en la memoria de Dios hasta que Él mismo culmine su creación y nuestras vidas aparezcan en la plenitud a la que estaban destinadas si hemos sabido orientarlas hacia ella.

→ Lee 1Cor **15**, 12-28 y medita sobre tu fe en la resurrección. Muchos de nuestros problemas para aceptar la debilidad y los fracasos provienen de vivir con un horizonte encerrado en los días de nuestra vida terrena. Cuando esta fe en la resurrección se hace fuerte el miedo a los fracasos y a la desesperanza que nace de nuestra fragilidad van empequeñeciéndose. Dialoga con Dios sobre tus ideas al respecto.

→ Puedes también leer 1Tes **5**, 4-11 intentando concretar delante de Dios las formas en que este texto toma cuerpo en tu vida o en la vida de los que te rodean, tanto en cuanto acciones dadas o recibidas.

* Para terminar puedes ponerte delante de Dios consciente de su amor por ti y leer en voz alta el texto de Rom **8**, 31-39.

2. La muerte inevitable.

Señor, oramos
con los israelitas que no llegaron a la tierra prometida,
y con ellos te decimos:
no nos dejes olvidados a mitad de camino.

Señor, oramos
con los muertos en las luchas de los hombres,
y con ellos te decimos:
*no dejes olvidados nuestro cuerpo y nuestra sangre
envueltos con el barro de la tierra.*

Señor, oramos
con los apartados de la palabra y de la mirada de los hombres,
y con ellos te decimos:
*no olvides que somos tu imagen
aunque los demás sólo vean barro despreciable.*

Señor, nos dirigimos a ti
con los que no vieron cumplidas sus esperanzas,
con los que murieron sin conocer la vejez,
con los que no encontraron el amor en sus vidas,
con los que vieron frustrados sus talentos...

Oramos
con la muerte clavada en nuestra carne
y con todos los mortales te decimos:
*vístenos con tu vida resucitada
y seremos finalmente,
por los siglos de los siglos,
imagen de tu gloria.*